

que cayó sobre los restos de René, sin tener tiempo para proferir una blasfemia. Outougamiz se lanzó fuera de la cabaña, asestó su escopeta á los sicarios de Onduré, y les gritó con esa voz con que el hombre probó aterra tanto al malvado: «¡Desaparece, braza impura, ó te inmolo como á tu digno amo!» Aquellos miserables, al ver adelantarse una partida de guerreros, amigos de René, apelaron á la fuga.

Los guerreros que iban llegando, deploraron tan inmensas calamidades. «¡Vamos! les dijo Outougamiz; no tardaré en volver aquí; pero antes debo decir á Mila y á mi hermana lo que ha hecho el manitú de oro.»

Celuta no pudo oír la relación de su hermano, pues á cada instante se temía verla fallecer. Mila, que supo con indiferencia la muerte de Onduré dijo á su marido: «Debiste dar mucho antes ese alimento á los perros.»

Outougamiz volvió la noche siguiente á buscar los restos sagrados del hermano de Amelia, y los llevó en hombros al pie de la colina, y escavando en un lugar apartado una fosa que á nadie quiso mostrar, colocó en ella los yertos despojos del hombre que durante su vida solo había buscado la soledad. «Sé,» dijo al retirarse, que soy un amigo falso, pues te he dado cruda muerte; pero, ¡espérame! ambos nos esplicaremos en el país de las almas.»

Outougamiz no sabía en qué emplear ya su vida; pero quiso cerciorarse de que Mila no necesitaba un protector.

La luna había descrito tres veces su órbita despues de la horrorosa catástrofe, y Celuta, próxima siempre á espirar, parecía revivir incesantemente. La copa de la cólera celestial no estaba aun agotada; el genio fatal de René perseguía aun á Celuta, á la manera de esos fantasmas nocturnos que se ceban en la sangre humana. Negábase, no obstante, á tomar alimento alguno, y sus bárbaros amigos se veían obligados á hacerle tomar á viva fuerza algunas gotas de agua de arce. Su cuerpo, modelo de gracia y gentileza, era ya un ligero esqueleto, semejante al tierno álamo que el huracan secó sobre su tallo. Sus largos párpados no tenían ya fuerza para levantarse y descubrir sus ojos apagados en las lágrimas. Cuando la desgraciada recobraba la razón, enmudecía; y cuando caía en la demencia del dolor, prorrumplía en lastimeros gritos. Entonces hacía grandes esfuerzos para alejar dos espectros que intentaban devorarla á la vez: Onduré y su esposa: veía tambien á una mujer que le era desconocida, y que le sonreía benigna en las alturas del cielo.

Testigo de los sufrimientos de su amiga, Mila, que se avergonzaba de haberse creído desgraciada, pasaba los días al lado de su hermana, velando sus dolores, acompañándola á su lecho y sirviendo de solícita madre á Amelia. Esta, que era ya hermosa pero de aspecto grave, reclinada en el seno de Mila, parecía una tierna y blanca paloma cobijada bajo las alas del ave mas brillante de los bosques americanos.

De tiempo en tiempo iba Outougamiz á ver á su esposa y á su hermana; sentábase al lado del lecho, tomaba la mano de Celuta ó hacía bailar á Amelia en sus rodillas; levantábase poco despues, y entregando la huérfana niña á Mila, se retiraba en silencio. El heróico salvaje se estenuaba por momentos: cada día su rostro se mostraba mas pálido, y su aspecto mas desfallecido: no hablaba de René, ni de Celuta, ni de Mila. Todas las noches visitaba la pequeña urna de piedra llena de la sangre de aquel, y se observaba con gran sorpresa que esta sangre no se secaba. Outougamiz colocaba en derredor de la urna el manitú de oro, que ya no llevaba.

Cierta noche fué á hacer la acostumbrada visita á su hermana: Mila y muchas indias rodeaban ellecho de las tribulaciones, cuando de repente y con gene-

ral asombro, Celuta se levantó por sí misma y se sentó en su lecho. No había vuelto á vérselo el aspecto que en aquel momento presentaba; aspecto que por su dolor y su hermosa ofrecía un sello so rehmanno. Incluyó primero su cabeza sobre el pecho; pero levantando en breve su lánguido semblante, coloreado por un ligero carmin, dijo con voz segura: «Quisiera tomar algun alimento.»

Estas palabras sorprendieron á Outougamiz, pues eran las primeras que Celuta pronunciaba desde la noche de sus desgracias, y había rechazado tenazmente todo manjar. Creyendo que se reponía de su desesperación y que se resolvía á vivir, las matronas exhalaban una aclamacion de alegría y se apresuraron á llevarle maiz nuevo. Pero Mila, mirando á su hermana, le dijo: «¿Quieres comer?»

«Sí, respondió Celuta, mirándola á su vez; ahora es indispensable que viva.»

Mila elevó sus manos al cielo y exclamó: «¡Oh sublime virtud!»

Outougamiz, rompiendo su tenaz silencio, les preguntó: «¿Qué tenéis?» «¡Adórala! replicó Mila; la que aquí ves no es una mujer, sino la compañera de un genio.»

«¿Por qué engañarle? dijo Celuta; ¡Amigo mio! ¡añadió, volviéndose á su hermano; mi destino se cumple mas allá de mí; ¡acabo de descubrir en mi seno un fantasma de la muerte!» Outougamiz huyó fuera de sí.

Celuta era madre: resignóse, pues, á la vida, grado estremo de virtud y de infortunio á que jamás llegó una hija de Adam. Pero la naturaleza no se hace superior á sí misma sin sufrir hasta en su propia fuente: á la luz del siguiente día se advirtió que la viuda de René había adquirido el color del ébano y sus cabellos el del cisne. Algunos soles desvanecieron las sombras de la frente de Celuta, pero no de su cabellera la prematura vejez de la adversidad.

Cuando llegó á noticia del capitán d'Artaguette la catástrofe de los Natchez, el asesinato de René y los infortunios de Celuta, sintió desgarrarse su corazón: uníale al hermano de Amelia una noble amistad, y había alimentado en secreto una tierna pasión á la mujer á quien debía la vida y que le diera el dulce nombre de hermano. Llamado á Nueva-Orleans, lloró con Adelaida, Harlay, el granadero Santiago y su anciana madre. Outougamiz había ocultado la tumba del hermano de Amelia, á cuya memoria el capitán d'Artaguette mandó celebrar una misa, y suplicó á Dios se acordase del que deseaba ser olvidado.

Entretanto, se reunían algunas tropas en todas partes, para marchar á castigar los indios. Las ocho cañas sacadas del templo habían hecho abortar el complot general en las naciones conjuradas, excepto entre los yazous, donde el padre Souel recibió la muerte. El ejército francés llegó al fuerte de Rosalia, donde, aunque divididos entre sí, los Natchez se defendieron con gran arrojo; y Outougamiz, que apenas podía sobrelevar el peso de sus armas, hizo admirar de nuevo su valor. Pero al fin fue preciso ceder al torrente y abandonar para siempre la patria.

Una noche los Natchez exhumaron los huesos de sus padres, los cargaron en sus hombros, y poniendo en medio á los jóvenes guerreros, las mujeres, los viejos y los niños, tomaron el camino del desierto, ignorando donde hallarian un asilo. El capitán d'Artaguette servía en la division encargada de atacar á los chicassaws, y ejecutó en presencia del enemigo una retirada en que adquirió no escasa gloria, pero en que perdió la vida con su fiel granadero. Como no sucumbió sino despues de haber salvado el ejército, se creyó generalmente que había buscado la muerte. Adelaida y Harlay habían abandonado la América, y la madre de Santiago murió de vejez y de dolor por la pérdida de su hijo.

El escaso resto de los natchez desterrados se hallaba ya á larga distancia en las soledades. Outougamiz dejó de existir cinco lunas despues de haberse alejado del suelo patrio. Entonces se supo que había continuado abriendose las venas todas las noches para renovar la urna de la sangre; esta se agitó en él con la amistad. Grande fue la alegría que mostró al morir, y dejó en herencia (era todo lo que poseía) la urna de la sangre y el manitú de oro á la hija de René. Fue enterrado, como lo había hecho con su amigo, bajo un árbol ignorado.

Algunos días despues de su muerte, Celuta dió á luz una hija: la desgraciada madre cerraba los ojos al acercarla á sus pechos, y cuando la había alimentado, la colgaba á su espalda. Así continuó en lo sucesivo, de manera que nunca vió á aquella niña, á quien solo llamaba el fantasma.

Mila, viuda tambien, llevaba siempre la hija de René, á quien Celuta no quiso volver á tocar, temiendo ajarla, despues de haber dado el ser á otra hija; nunca estrechaba Celuta sobre su corazón á esta segunda hija sin experimentar convulsiones. El amor maternal pedía besos que el amor conyugal le negaba, pues en los lamentos de la inocencia oía Celuta la voz del crimen. Algunas veces se sentía tentada á despedazar la infeliz niña; pero un sentimiento mas poderoso, el de la maternidad, hacia impotentes sus manos. ¿Quién pudiera espresar tales combates y tales suplicios?

Mila era la admiración de los desterrados. Adornada apenas con todos los encantos de diez y siete primaveras, desplegaba una resolución y una fuerza de raciocinio extraordinarios. Solo vivía para Celuta; preparaba su lecho, sus vestidos, su alimento: era la madre de la hija de René. Sus vivos ademanes no habían cambiado; pero se mostraba taciturna, y solo hablaba por medio de gestos y de sonrisas.

Los natchez hallaron al fin noble hospitalidad en una nacion antigua aliada suya. Un desterrado empezó la danza del suplicante y presentó el calumet de los proscriptos. Un niño llevó en cambio una calabaza llena de jugo de arce y coronada de flores. Entonces, las tiendas de la perdida patria fueron plantadas en la tierra estraña y los huesos de los antepasados descansaron en aquellos nuevos hogares.

Por primer beneficio del cielo, la segunda hija de Celuta dejó de existir: el fantasma volvió á huirse en la noche eterna. Ninguna madre fue á derramar su leche sobre el césped fúnebre: Celuta hubiera llenado este piadoso deber si no hubiese temido que el fantasma volviese á entrar en su seno con el perfume de las flores. La hija de René había hallado una patria, la de Onduré había vuelto á la tierra; entonces se advirtió que Celuta no se consideraba ya obligada á vivir, y se adivinó tambien que Mila no abandonaría á su amiga.

Una noche, cuando los desterrados tomaban su alimento á la puerta de sus tiendas, Celuta salió de la suya. Estaba vestida de pieles de aves y de cuadrúpedos cosidas entre sí: ingeniosa labor de Mila, sus cabellos blancos caían en rizados sobre sus juveniles sienes adornadas con una sencilla corona de flores azules; llevaba en sus brazos á la hija de René, y Mila medio desnuda seguía á su compañera. Los desterrados, sorprendidos y encantados al verlas, se levantaron, las colmaron de bendiciones y les formaron una comitiva. Así llegaron todos al borde de una catarata cuyos mugidos resonaban á lo lejos. Aquella catarata, no visitada por viajero alguno, se despeñaba entre dos montañas en un profundo abismo. Celuta dió un beso á su hija, la puso en el césped y colocó sobre las rodillas de la triste huérfana el manitú de oro y la urna, en que la sangre se había secado ya. Mila y Celuta, asidas de las manos, se acercaron al borde de la catarata, como para mi-

rar al fondo tronador; y mas rápidas que ella misma, cumplieron su misero destino. Celuta había recordado que René en su carta deploraba no haberse arrojado á las espumosas aguas.

Las mujeres tomaron en sus brazos á la hija de René, abandonada en la orilla, y la presentaron al sachem mas anciano, quien conió al cuidado de una acreditada matrona, que cogió del cuello de la niña, cual un adorno, el manitú de oro. Siendo ignorado de los salvajes el nombre francés de Amelia, los sachems pusieron otro á la huérfana, que vió morir hasta su nombre.

Cuando la hija de Celuta llegó á sus diez y seis años, le refirieron la dolorosa historia de su familia. Mostróse melancólica durante toda su vida, que fue de escasa duración, y de un matrimonio sin amor tuvo una hija mas desgraciada aun que su madre. Los indios á cuyo país se habían refugiado los Natchez, perecieron casi en totalidad en una guerra contra los iroqueses, y los últimos hijos de la nacion del Sol fueron á perderse en un segundo destierro en medio de los bosques de Niagara.

Hay algunas familias á quienes el destino parece perseguir: ¡no acusemos á la Providencia! La vida y la muerte de René fueron acompañadas de pasiones ilegítimas que dieron el cielo á Amelia y el infierno á Onduré: René sufrió el doble castigo de sus criminales amores. No hacemos salir á los demás del orden establecido, sin llevar en nosotros mismos algun principio de perturbacion; y todo aquel que aun involuntariamente es causa de alguna calamidad ó de algun crimen, nunca es inocente á los ojos de Dios.

¡Ojalá mi narracion se haya deslizado magestuosa como tus aguas, oh Meschacebé!

NOTA.

Había remitido en el Prefacio de los Natchez á mis lectores á la *Historia de la Nueva-Francia*, escrita por el padre Charlevoix, pero he creído mas sencillo evitarles este trabajo si se proponían tomárselo, insertando aquí algunas páginas de este autor.

El primer extracto encierra la descripción del país y de las costumbres de los natchez, y en él se verá que en esto he sido un fiel historiador. Por lo demás, Charlevoix no es el único autor ni el único viajero que he consultado.

El segundo extracto contiene la relación de la conspiración de los natchez y de sus aliados. En él se advertirá que el poeta ha respetado la verdad.

El padre Charlevoix no habla de las cañas ó haces depositadas en el templo, para fijar el día de la matanza; pero he leído esta circunstancia en un viajero, cuyo nombre no puedo recordar, si no es Carter. Este viajero decía que una parte del haz había sido robada por una joven salvaje, enamorada de un francés.

El caballero d'Artaguette, hermano del general Diron d'Artaguette, como el gobernador del fuerte de Rosalia, Mr. de Chepar, un personaje histórico. El caballero d'Artaguette fue realmente muerto en una retirada delante de los salvajes.

Por lo demás no he exajerado el estado de civilización de los Natchez, pues estaba muy adelantada entre ellos. Solo he dado el nombre de edil á un natchez que llenaba las funciones propias del edil entre los romanos, pues me hubiera sido muy difícil conservar en un poema el prosaico título de jefe de la harina, que el edil tenía en la nacion del Sol.

Este jefe de la harina, al estallar la conspiración contra los franceses, era un hombre que tenía parte de los vicios, de la capacidad y del carácter que he atribuido á Onduré.

En mi *Viaje á América* se hallará la descripción general de las costumbres de los salvajes de la América Septentrional, que servirá de comentario á los Natchez; debo decir aquí únicamente, que algunos de los rasgos que he añadido á la pintura de los usos de los esquimales están sacados de los últimos viajes del capitán Parry y del capitán Lyon.